

La nueva 'telepedagogía'



JUAN CAMPOS

Psicoterapeuta y escritor. Especialista en psicología infantil en la orientación de Alice Miller y John Bowlby.

La televisión nos ofrece una nueva propuesta educativa. La encarnan niñeras modernas y su pedagogía se podría resumir así: 'No te dejes manipular por los niños'. Nos la venden como nueva, pero se trata del viejo método de la represión que, si bien consigue adiestrar a los niños, no enseña ni respeto ni amor.

Cómo se debe tratar a los niños? Durante siglos, la respuesta ha estado en manos de abuelas y moralistas, con o sin sotana. Pero, desde comienzos del siglo pasado, se ha entronizado la dogmática voz de una nueva autoridad: la ciencia de la psicología infantil.

Una catarata de publicaciones, que van desde la sequedad de la investigación académica a la divulgación en libros superventas y programas de televisión como el de "Supernanny", han difundido la idea de que la psicología científica es la que debe dictaminar las actitudes correctas de los padres ha-

cía sus hijos. Pero, ¿cuánto hay de ciencia y cuánto de ideología –es decir, de juicios de valor disfrazados de juicios de hecho– en todo esto? Y, sobre todo, ¿qué valoración moral nos merece el grado de sensibilidad que predicán y practican estos "expertos en niños" en relación a los sentimientos y necesidades afectivas de la infancia?

EL MITO DEL NIÑO HOSTIL

El rechazo que merecen las *supernannies* y otros autores mediáticos afines es, a la vez, científico y moral. Científico porque en sus afirmaciones se deslizan prejuicios no >

cuestionados sobre la naturaleza, impulsos y sentimientos infantiles como si fuesen verdades universales. Moral porque las actitudes educativas que conllevan ofenden a las normas éticas que una persona dotada de sensibilidad, empatía y gusto por los niños consideraría indispensables.

Si no partimos de una postura desconfiada y hostil hacia la infancia, los consejos de estos expertos nos resultan ciegos y dañinos para su felicidad y bienestar. Infligen a los niños un plus totalmente innecesario de sufrimiento por razones presuntamente pedagógicas, continuando una tradición de siglos de hostilidad hacia la infancia.

SENTIMIENTOS DESATENDIDOS

Estas doctrinas lo único que consiguen es volver a los padres más ciegos a las necesidades de sus hijos, más insensibles a sus emociones, más sordos a sus anhelos.

Son teorías que menoscaban el alma infantil, sus motivaciones y sus sentimientos, su capacidad cognitiva, el significado e intención de sus actos... Las consecuencias de su aplicación pueden tener efectos negativos sobre los niños.

La actitud hacia la infancia a lo largo de la historia, salvo excepciones aisladas, ha estado dominada por la ausencia de comprensión y de benevolencia. Lo que ha dominado es la desconfianza, la ignorancia y el odio hacia los niños. Ahora, las *supernannies* irrumpen en la intimidad familiar, cual severos agentes de policía moral y traducen esta hostilidad tradicional a un lenguaje contemporáneo. La letra varía, pero el espíritu permanece.

En las familias monitorizadas, los padres, muchas veces, son halagados y quedan deslumbrados por la atención que reciben y, aunque en algunos casos se percibe que los

consejos recibidos ofenden sus mejores instintos, tienden a aceptar acríticamente las exigentes normas "anti-niño" propuestas por estos nuevos "pedagogos".

El núcleo duro de sus intervenciones consiste en ignorar los llantos y protestas de los niños cuando se resisten a dormir solos o cuando no encuentran en los adultos la atención, empatía y escucha bondadosa que buscan. Para ello, **se redefine la protesta de los pequeños como mero chantaje que busca dominar a los padres**, convirtiendo lo que es la expresión de un sufrimiento auténtico y justificado por parte del niño en mera simulación manipuladora.

Los padres –y, con ellos, el espectador o lector– son "invitados" a transformar su forma de ver la realidad: una niña que sufre y se desgana reclamando la atención afectuosa, que es el alimento de su alma, se convierte bajo esta perspectiva en una actriz perversa que recurre a todo su talento histriónico para controlar a sus padres por el mero placer de hacerlo.

Muchas madres sufren visiblemente cuando se las presiona para que abandonen a sus hijos al llanto, la rabia y la soledad. Pero terminan claudicando ante el prestigio de la supuesta voz de la ciencia.

NIÑOS DOMESTICADOS

Figuras como la de *Supernanny* expresan, con su lenguaje verbal y no verbal, la frialdad, la indiferencia, la aprobación falsa y manipuladora que busca esencialmente doblegar la voluntad de los niños y acallar su válida protesta ante las carencias afectivas que presentan los padres.

Las tareas que impone a los niños bordean, a veces, la crueldad, como el de esa niña que con tan sólo dos añitos es obligada a ducharse, vestirse, poner la mesa y ▶

recoger sus juguetes bajo la amenaza de no cenar y, lo más doloroso para ella, de retirarle el cariño si no lo hace. Porque retirar el afecto, traducido en la negativa a escuchar y responder al niño que llora, es el misil nuclear, el arma definitiva que las niñeras televisivas animan a los padres a utilizar contra sus propios hijos.

Domesticar la voluntad de los más pequeños, ése es en definitiva el objetivo. Para ello se parte del dogma jamás demostrado de que la voluntad infantil está al servicio de una naturaleza insaciable y, con frecuencia, maligna. Las jergas varían de escuela a escuela psicológica, pero el mensaje de suspicacia y resentimiento contra el niño es muy similar entre unas y otras. Se trata de la prolongación secularizada del antiquísimo mito del pecado original.

COMPARTIR LA VIDA DEL PEQUEÑO

Llama la atención la ausencia de muestras de cariño y complicidad entre Supernanny y los niños de cada programa, a pesar de que han convivido muchas horas juntos. ¿Por qué no filmar a una psicóloga capaz de jugar, reír, llorar o indignarse con las mismas vivencias de los niños?

Una actitud cálida y humana, llena de simpatía hacia la realidad existencial de la infancia, modelaría comportamientos muy distintos para los padres y les enseñaría formas de contener la vitalidad infantil imbuidas de empatía. Sobre todo, no pondría el acento en el comportamiento sintomático sino en la historia y el significado profundo de la protesta que está llevando a cabo el niño.

Además, es llamativa la ausencia de interés de la psicóloga por conocer la historia de la infancia de los padres, cuando hoy sabemos que el factor decisivo a la hora de modelar la capacidad del adulto para res-

ponder adecuadamente a las necesidades afectivas de los niños proviene de sus propias vivencias infantiles, de las actitudes que exhibieron sus propios padres.

Hay propuestas que podrían indignar a las personas más sensibilizadas hacia el mundo infantil, a aquellas que no han cubierto bajo una coraza de represión y distorsión lo que fueron sus propios sufrimientos en los primeros años de su vida.

EDUCAR CON RESPETO Y AMOR

La pedagogía con un pensamiento de fondo hostil a los niños está tan extendida en la sociedad que **a muchos les parece imposible que se puedan educar a niños con libertad, aceptación y comprensión sin tener problemas con los límites**, sin que los niños tengan que caer en rabietas y llantos, simplemente atendiendo con simpatía y sensibilidad a su demanda de atención, amor, seguridad y libertad.

Qué distintos serían estos programas si presentaran a una educadora con las actitudes de, por ejemplo, la psicóloga Alice Miller, autora de *Por tu propio bien* (Ed. Tusquets).

Es triste que el modelo de adulto que estos programas defienden sea el de una persona a la que los niños miran con desconfianza, cuando no odio al desnudo, tras muchas horas de convivencia. Cuando Supernanny se marcha, rara vez se advierte en los niños la tristeza que sería deseable constatar y, en algunos casos, es la rabia la que se abre paso en el pequeño frente a esta rígida presencia que lo acorrala: "¡Cállate ya!", grita un chaval al borde del llanto, al escuchar la indiferencia que la experta recomienda a su madre ante sus quejas.

Después de ver ciertas intervenciones, algunos de nosotros nos sentimos plenamente identificados con ese grito. ■